

RESEÑA DEL LIBRO

Por qué Winnicott?¹



CRISTINA LÓPEZ DE CAIAFA²

Esta obra forma parte de la colección *Grandes Psicoanalistas* de la editorial Zagodoni, que se enfoca en presentar los autores que con sus aportes han marcado importantes líneas de pensamiento en la teoría y la práctica del psicoanálisis, procurando contextualizarlos en los tiempos y marcos culturales actuales.

En este caso, el autor se propone «retomar aspectos generales de la comprensión alcanzada por D. W. Winnicott sobre la naturaleza humana en la salud y en la enfermedad» (p. 14). Examina con fineza sus relaciones con la tradición psicoanalítica, así como las transformaciones epistemológicas que realizó en sus proposiciones teóricas, que redundaron en una práctica

que sitúa en primer plano los «efectos que una relación humana produce en otros seres humanos» (p. 14).

Destaca asimismo el aporte de Winnicott, no solo en el tratamiento de diversas patologías, sino también en una propuesta de «una teoría de la salud, una teoría positiva de la entrada del hombre en la cultura, no basada en la represión o en la introducción restrictiva de la ley, sino como un proceso de expansión necesaria del ser humano con los otros» (p. 14).

La obra se despliega en cinco capítulos.

En los tres primeros, L. Fulgencio desarrolla con claridad, enfoca con rigor y discute con muy ricos aportes los conceptos centrales en el pensamiento de Winnicott.

En el cuarto capítulo, propone trechos seleccionados como forma de dar al lector un acceso directo a pasajes importantes de la propuesta winnicottiana, en zonas temáticas que definen tanto

1 Fulgencio, L. (2016). *Por que Winnicott?* San Pablo: Zagodoni.

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
caiafa@vera.com.uy

líneas teóricas como al autor mismo en su cualidad e integridad humanas.

En el quinto capítulo, se despliega una completa bibliografía que enumera los escritos de Winnicott con sus fechas de edición, previos a la aparición de los *Collected Works of Dr. D. W. Winnicott* de más reciente aparición. Presenta también una *bibliografía secundaria* organizada por temas (manuales, diccionarios, biografías), así como diferentes estudios sobre la obra de Winnicott. Se aprecian así variadas perspectivas y enfoques, ya sean del estudio de la obra o de controversias sobre esta. Finaliza con un pormenorizado estudio de las relaciones entre Winnicott y otros psicoanalistas (Freud, Ferenczi, M. Klein, Jung, Bion, Lacan, Fairbain, Balint, Bowlby, Tustin, Dolto); es una especie de diálogo de D. W. con analistas de su tiempo y también del nuestro, porque se aprecia la actualidad de los aportes y, en ellos, la vigencia de un pensamiento rico en propuestas y en estímulos a continuar la búsqueda sin esterilizarse en repeticiones catequísticas.

Voy a recorrer brevemente los tres primeros capítulos, que considero fundamentales en este aporte de Fulgencio.

Primer capítulo:

especificidad de la obra winnicottiana

Una especificidad que reúne y hace dialogar la tradición y lo nuevo. Señala cómo Winnicott recoge los avances de la ciencia

y atesora lo hecho, en su caso, en la tradición psicoanalítica freudiana, con la que comparte con firmeza supuestos básicos, esos que señalan y despliegan los determinantes inconscientes de la vida psíquica, la sexualidad infantil, el complejo de Edipo y su incidencia en la organización del psiquismo, así como la creación freudiana del tratamiento psicoanalítico, en el que transferencia y resistencia dan cuenta de los determinantes inconscientes de afecciones y síntomas. Fulgencio destaca cómo la fuerte adhesión a la propuesta freudiana y la valoración de Freud como un hombre de ciencia genial no lo convierten en un sumiso y obediente seguidor. Su libertad de pensamiento y su observación personal muy afinada le permiten entrever flaquezas en algunas ideas freudianas o zonas que requieren seguirse trabajando o descubriendo. También puede disentir abiertamente con Freud; por ejemplo, con respecto a la existencia de la pulsión de muerte y sus relaciones con el origen de la agresión. Reconoce a Freud el haber planteado una primera teoría del desarrollo emocional focalizada en la administración de la vida instintiva y en la relación con los diferentes objetos que de ella surgen. Reconoce también los aportes que se fueron incorporando, de Abraham (en torno a las fases oral y anal) y de M. Klein, quien avanza más allá de las fases descritas por Freud en el desarrollo y describe las grandes dinámicas que lidian con formas

diferentes de relación con los impulsos de amor y odio. Winnicott valora y destaca la propuesta kleiniana de la posición depresiva y la equipara en importancia con el complejo de Edipo freudiano, por su incidencia decisiva en la organización de la vida psíquica infantil.

El autor señala cómo Winnicott, más allá de sus adhesiones teóricas, fue descubriendo a partir de su propio trabajo clínico que muchas de las afirmaciones de Freud y Klein no coincidían con lo que él observaba y, por lo tanto, necesitaban ser reformuladas y retrabajadas en la clínica.

Así como Winnicott llega a la conclusión de que el complejo de Edipo es un factor esencial pero no lo explica todo, también la sexualidad infantil en su manera de ver es de una complejidad tal que un bebé en sus inicios, marcado por lo evolutivo, con una inmadurez total no sería capaz de dar trámite a las presiones instintivas o excitaciones, o generar una fantasía que contribuyera a ligar esos *sentires excesivos* con objetos causa o fuente de alivio. Winnicott, pediatra además de psicoanalista, no elude apreciar la importancia de la maduración para que el trámite psíquico de la vida cotidiana de un bebé sea un factor de progreso y bienestar físico y psíquico.

Cuando también desde la clínica llegaban noticias, advertencias de problemas que no eran abordables con los marcos del psicoanálisis —por ejemplo, los pacientes con fuertes vivencias de no sentirse reales

o de la futilidad de su vida, sin confianza o esperanza de encontrar algo bueno—, se reforzaba la idea de lo irreductible de esos cuadros al modelo tradicional. Es llevado, entonces, a elaborar su teoría del desarrollo emocional y sus implicancias, en un pensamiento que al tiempo que producía lo propio, lo articulaba y tejía con los de otros psicólogos de su tiempo.

Winnicott queda ubicado así como un eslabón en el desarrollo de la ciencia, un eslabón que también tiene sus fallas e impresiones.

Fulgencio se detiene luego en conceptos de la fenomenología y el existencialismo que tuvieron su desarrollo e incidencia en la psicología y la psiquiatría en la primera mitad del siglo XX, y que, piensa, pudieron quizás incidir en el pensamiento de Winnicott. No plantea, dice, una importación directa de conceptos, sino una incorporación selectiva que sería metabolizada por el pensamiento de Winnicott, a quien le importaba menos la paternidad de una idea de descripción o comprensión de hechos que él intentaba abordar. Pone como ejemplo de posible influencia estructural en su concepción de la naturaleza humana la utilización de la noción del ser falso y verdadero, o del ser y seguir siendo para después hacer. El autor se detiene en desarrollos de estas líneas en autores como Kierkegaard, Heidegger, etc.

Fulgencio destaca que Winnicott hará un cambio radical en el modelo ontológico

del ser para el psicoanálisis al colocar la necesidad de ser y continuar siendo como un fundamento de la propia naturaleza humana.

Hay apuntes y referencias interesantes de Fulgencio sobre las formas curiosas de conservar la tradición, a veces distorsionándola, alejándola de su sentido original. Hace una sugerente observación metodológica sobre investigaciones que buscan integrar sistemas teóricos dispares —por ejemplo, las de Winnicott y Lacan— «creo que toda pesquisa que busca hacer una práctica de sinonimia (tal cosa en Winnicott es tal cosa en Lacan) está destinada al error, no hay en lenguajes dispares correspondencias exactas de este tipo» (p. 26).

El capítulo se va completando con descripciones muy claras de Fulgencio, que se vale de útiles metáforas personales sobre conceptos centrales del pensamiento de Winnicott. Comenzando por la teoría del desarrollo emocional como una teoría de las relaciones de dependencia, algo que hasta ese momento la psicología no había enfocado, despliega las etapas de la dependencia absoluta, relativa, etc., en relación con la función del ambiente (madre-ambiente) y su adaptación a las necesidades del bebé. La paradoja se hace presente al considerar ese ambiente *suficientemente bueno* como también, necesariamente, *suficientemente imperfecto*.

Continuando con el desarrollo emocional, aborda el tema de los objetos y fe-

nómenos transicionales, como formas, en definitiva, de relacionarse con el mundo. La paradoja creado-encontrado, externo-inter-no abre lugar y tiempo a esa tercera zona de experiencia. También en este pasaje se consolida el *yo soy* diferente del *no yo*, es decir, el surgimiento de la realidad externa acompañando el surgimiento del *yo*.

El capítulo continúa con aportes esclarecedores de Fulgencio sobre temas y conceptos de Winnicott que significaron comprensiones nuevas en un lenguaje personal singularizado que fueron haciendo de él un autor conocido y reconocido. Se encuentran ahí la madre suficientemente buena, el *holding*, la preocupación materna primaria y su función de comunicación basada en formas de ser-estar de la madre para así saber de las necesidades del hijo. Sigue con la inmadurez inicial y el mundo de los objetos, objetos que para el bebé no existen fuera del contexto y el momento de la necesidad, objetos subjetivos.

Describe y comenta luego la *elaboración imaginativa*, «un modo de dar sentido y valor a los acontecimientos existenciales» (p. 36). Tenemos aquí el origen de la psique, su desarrollo y enriquecimiento.

Se enfoca después en psique-soma y mente; descarta por errónea la distinción cuerpo y mente, y plantea una unidad psicósomática, una amalgama imposible de ser separada empíricamente, aunque sí puede ser referida conceptualmente.

Retoma luego los objetos y fenómenos transicionales «entre» el mundo interno y el externo, y desemboca en la comprensión de tipos de organización psicopatológica. Al caracterizar las psicopatologías, usa criterios diferentes de los psiquiátricos y también de los de Freud y de Klein. Se basa, para distinguir los modos de ser de los individuos, en los tipos de cuidados que recibieron en los primeros tiempos de su vida, y ellos son puestos en relación con cuadros psicopatológicos.

El autor retoma después las nociones de falso y verdadero self con descripciones conceptualmente claras y útiles. Más adelante, toma de Winnicott las referencias a la psiquiatría descriptiva, que sería la fenomenológica, y a sistemas filosóficos y religiosos en los que se encuentran estas nociones del ser; se señalan otros psicoterapeutas más o menos alejados del psicoanálisis. Concluye que lo esencial al hombre es si siente o no que su vida vale la pena ser vivida.

Fulgencio termina el capítulo con un aporte que clarifica la noción de soledad esencial y los nexos que tendría con el narcisismo primario.

**Segundo capítulo:
interés de Winnicott para las ciencias
psicológicas y las no psicológicas**

El autor retoma las características principales del tratamiento elaborado por Freud, las que mantienen su vigencia, aunque no

totalmente. Luego, describe lo que Winnicott hizo de ese método, las modificaciones que propone con vistas a los objetivos que para él se priorizan.

Se plantea también distinguir qué hace el analista en un análisis dentro de parámetros clásicos de lo que hace cuando no es posible aplicar el método y se impone hacer *otra cosa* (no cualquier cosa). Esto lleva a enfocar las psicopatologías y sus especificidades sintomáticas, señalando su comprensión de la génesis de estos cuadros, así como los lineamientos de los tratamientos correspondientes. El aporte de Fulgencio es muy rico y claro conceptualmente, y se dirige luego a pensar los aportes que la obra de Winnicott pueden significar para otras prácticas del cuidado interhumano que no sean del orden psicoterapéutico (medicina, educación, asistencia social, etc.).

Finalmente, enfoca en qué interés podrían tener las contribuciones de Winnicott al conocimiento de la naturaleza humana para otras ciencias no psicológicas, aquellas que no se dirigen al cuidado del individuo en su desarrollo emocional, aunque se interesen por los problemas del humano existir.

Me resultaron muy interesantes las reflexiones de Fulgencio sobre la noción de salud que Winnicott fue construyendo y enriqueciendo, y que despliega con fineza desde una apreciación del fenómeno humano en su riqueza en diferentes etapas, perspectivas y situaciones. La salud

se refiere a una condición de riqueza de la personalidad más que a la ausencia de síntomas o de sufrimiento.

Destaco asimismo el estilo claro y reflexivo con el que Fulgencio aborda la descripción del método psicoanalítico de Winnicott, partiendo de la herencia freudiana que comparte, pero también reformulándola; una reformulación basada en nuevas comprensiones surgidas de observaciones agudas que lo conducen a un diferente modelo ontológico del hombre, así como a la diferente concepción de salud y del modo en el que opera el vínculo terapéutico interhumano. Entre el sostén y la interpretación, el despliegue de un encuentro humano verdadero, no reactivo, en el que el jugar en su naturaleza transicional tiene un lugar central que aleja los riesgos de una mera técnica.

Otra zona de este capítulo que me parece valiosa, muy bien trabajada y de utilidad conceptual, ahora pensando en los analistas en formación, es el trabajo con las psicopatologías y los aspectos generales que orientan los tratamientos psicoterapéuticos para Winnicott, lo que él entiende que estaría en el origen de los trastornos, para apuntar luego al modo de abordaje psicoterapéutico.

Hay en todo ello un acento fuerte puesto en la integración lograda que lo lleva a considerar que hay tres grandes tipos de pacientes: los ya integrados, los recién integrados y los no integrados, lo que re-

fiere a la conquista de unidad del sujeto y sus eventuales dificultades o fracasos.

Comienza por recorrer los problemas de los *neuróticos*, cuya estructura de personalidad está intacta y su sufrimiento deriva de sus relaciones interpersonales y de la administración de su vida pulsional. Se pregunta cuándo los problemas neuróticos constituyen una organización psicopatológica para referirse luego al tratamiento.

Continúa con los *psicóticos*, aquellos que sufrieron fallas en las más tempranas fases del desarrollo para poder integrarse. Se pregunta qué es necesario para tratarlos y despliega sus ideas básicas. Se ocupa luego de los pacientes *deprimidos*, se pregunta de dónde surgen sus problemas y qué es necesario al trabajar con ellos. Y así, con este esquema que despliega con rigurosidad, continúa con pacientes *borderline*, encara los casos de *actitudes antisociales* y, por último, los *síntomas psicósomáticos*, que toman el cuerpo; recorre entonces aspectos de la integración psicósomática y del proceso de personalización cuando la psique pasa a residir en el cuerpo y, como todo esto sucede muy tempranamente en el desarrollo, cuando el ambiente no es propicio y falla consistentemente, no sustentando de manera adecuada, puede crear las bases de una perturbación psicósomática.

Se detiene luego a describir una forma de operar en el tratamiento de algunos casos, la *regresión a la dependencia* como

una nueva chance para el desarrollo del self. Se trata de un retorno a la situación que dio origen a la psicopatología; señala que esto se da en diferentes grados y casos, pero siempre remarcando la importancia del ambiente por acción u omisión.

El capítulo continúa con los aspectos de la teoría winnicottiana que pueden interesarles a todas las ciencias que se abocan a la realización de cuidados interhumanos, pensando en la teoría del desarrollo emocional y la importancia que les da a los cuidados ambientales en los fundamentos de la salud emocional.

Enfoca entonces la *teoría del juego*, la universalidad del mismo como sinónimo de expresar y encontrarse a sí mismo y a otro, de realizar la naturaleza del modo de ser humano.

Se refiere a la *teoría winnicottiana de la cultura* o de cómo el hombre entra en la vida cultural, que implica procesos de socialización así como la constitución de la ley moral en cada uno, y cómo esto está sustentado por el medio ambiente. Para él, esa ley moral es fruto de los cuidados ambientales tempranos, y no un efecto de constricción interna o externa ejercida sobre el individuo. Fulgencio subraya de este modo otro disenso de Winnicott con Freud, ya que está planteando el origen preedípico de la gestación del Superyó y de la ley moral, algo que para él tiene sus comienzos en la conquista por el niño de tener fe en alcanzar la capacidad de confiar.

El capítulo finaliza con el tratamiento del interés de la obra de Winnicott para las ciencias no psicológicas, incluyendo entre ellas tanto las prácticas médicas como las educacionales o la asistencia social, que tienen una relación más próxima con las prácticas de la clínica psicoterapéutica, así como otras algo más alejadas pero concernientes al humano, como la semiótica, la lingüística, las prácticas jurídicas, la filosofía, etc.

Tercer capítulo:

Winnicott y la Pulsión de muerte.

Rechazo y alternativas

Este concepto, cuya validez y utilidad continúa en discusión, no deja por otra parte de ser motor en el desarrollo de la teoría y de incidir en la práctica desde el posicionamiento del psicoanalista.

Comienza destacando como Freud desde el inicio plantea el Instinto de muerte como una especulación que supone un ficticio impulso fundamental, de valor apenas heurístico en la búsqueda de la determinación del funcionamiento psicoafectivo del ser humano, algo útil para comprender fenómenos clínicos y sociales difíciles de entender en su génesis (agresividad, destructividad, masoquismo, sadismo, compulsión a la repetición, reacción terapéutica negativa, etc.). De Freud dirá que no solo reiteró varias veces el aspecto especulativo de su concepto, sino también sus dudas en cuanto a su validez, aunque

también declarara que ya no conseguía pensar de otra manera. Fulgencio plantea desde el comienzo su posición personal bien interesante; afirma que «el concepto especulativo de Instinto de muerte interrumpe la discusión y la búsqueda de las causas que estarían en el origen de los comportamientos destructivos y repetitivos» (p. 140). Plantea que la ventaja de sustituir una teorización especulativa por otra con conceptos acordes a la realidad fenomenológica es que habría chances de intervenir clínicamente.

El autor despliega aportes interesantes en torno a esta discusión y se detiene en «aspectos generales de la teoría del afecto y del concepto de Instinto de muerte en Otto Kernberg» (p. 142). Este autor señala que desde las neurociencias no hay, hasta ahora, evidencia biológica alguna del Trieb freudiano, y afirma que actualmente hay una tendencia a sustituir la teoría de los Instintos de vida y muerte por una teoría de los afectos entendidos como motivaciones primarias. No obstante, él considera apoyado en su clínica y en fenómenos culturales de destrucción de masas que se reiteran y no pueden ser negados que es posible pensar la existencia de una tendencia destructiva del individuo, y reitera la importancia del concepto de Pulsión o Instinto de muerte.

Toma luego a André Green, quien desde otra perspectiva también avala que la pulsión de muerte es un concepto

necesario, aunque especulativo. Para él, el sentimiento de culpa inconsciente, el masoquismo y otras organizaciones patológicas son, en última instancia, manifestaciones de la Pulsión de muerte, aunque reconociendo la naturaleza especulativa esencial del concepto. Considera que esos impulsos básicos podrían ser reconocidos en lo que él propone como la noción de las funciones *objetalizante* y *desobjetalizante* (p. 143), y en la constitución de un narcisismo de vida y un narcisismo de muerte. Propone también sustituir el término *Pulsión de muerte* por *destruictividad*.

Despliega luego las críticas de Winnicott al concepto en cuestión. Hay en él un rechazo radical, lo considera el craso error de Freud y su discusión abarca todas las zonas planteadas, desde las biológicas sobre la materia orgánica y su tendencia a volver a lo inorgánico hasta de dónde surge la vida (de un estado de no ser, de soledad esencial).

En cuanto a los aspectos del origen de la agresividad, para él ese origen más temprano debe ser buscado en la primarísimas dinámicas relacionales del bebé cuando él aún no puede distinguir entre mundo externo e interno, cuando solo puede relacionarse con objetos subjetivos o transicionales, antes de la integración en un Yo. Señala que una teoría verdadera debería considerar dos factores que provienen de la relación del individuo con su ambiente (impulsos de amor primitivo e

interrupciones de la continuidad existencial por efecto de intrusiones).

Luego, enfoca el diálogo crítico en relación con M. Klein y su posición sobre el Instinto de muerte. En su artículo sobre las raíces de la agresión en 1968, considera que las nociones de Instinto de muerte y envidia primaria son una pesadilla para el psicoanálisis, y que quizás estaríamos mejor sin ellas. Plantea que tanto Freud como Klein fracasaron al intentar explicar la manera en la que los impulsos amorosos y destructivos están presentes desde los momentos más precoces del desarrollo, refugiándose en la herencia. El autor recorre distintos aspectos y afirmaciones kleinianas muy debatidas por Winnicott, y resalta la diferencia de opción entre Klein y Winnicott al explicar los elementos destructivos en las relaciones objetales no generados por frustración y anteriores a la fase del *concern*. Así como aplaudió a Klein en su concepto de Posición depresiva, considera por completo dudosa su afirmación del Instinto de muerte, así

como del carácter hereditario de la envidia primaria. Fulgencio presenta luego una «alternativa para comprender la compulsión de repetición» (p. 159), tema que Winnicott no trabajó específicamente, aunque sí usó esa denominación en su diálogo con colegas. En diálogo con Fairbain, la considera como una necesidad de retomar-corriger una situación penosa para integrarla en su área de control omnipotente. Esta zona teórica da pie para considerar la regresión a la dependencia en la clínica. El capítulo finaliza con los desarrollos que Fulgencio propone a partir de las contribuciones de Winnicott.

En suma, este libro constituye un valioso aporte sobre la obra de Winnicott, muy claro para los que se acercan al autor y con mucha amplitud de perspectivas críticas, lo que enriquece las discusiones de los ya conocedores al tiempo que permite clarificar o precisar conceptos. En este sentido, mi bienvenida al estilo winnicottiano de Fulgencio. ♦